

*Solver a creer*

*Volver a creer*

Título original: *A Return of Devotion*, libro 2 de la serie *Haven Manor*

© 2019 by Kristi Ann Hunter

Originally published in English under the title:

*A Return of Devotion*

by Bethany House Publishers,

a division of Baker Publishing Group,

Grand Rapids, Michigan, 49516, U.S.A.

All rights reserved

© de la traducción: Eva Pérez Muñoz

© de esta edición: Libros de Seda, S.L.

Estación de Chamartín s/n, 1ª planta

28036 Madrid

[www.librosdeseda.com](http://www.librosdeseda.com)

[www.facebook.com/librosdesedaeditorial](http://www.facebook.com/librosdesedaeditorial)

@librosdeseda

[info@librosdeseda.com](mailto:info@librosdeseda.com)

Diseño de cubierta: Mario Arturo

Maquetación: Rasgo Audaz

Imagen de la portada: © Lee Avison/Arcangel Images

Primera edición: marzo de 2020

Depósito legal: M-0000000000000000-2020

ISBN: 978-84-17626-15-0

Impreso en España – Printed in Spain

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos. Si necesita fotocopiar o reproducir algún fragmento de esta obra, diríjase al editor o a CEDRO ([www.cedro.org](http://www.cedro.org)).

KRISTI ANN HUNTER

*Solver a creer*

Libros de  
*seda*



*Al único capaz de darnos un nuevo comienzo.*

CORINTIOS 2: 5-7

*Y para Jacob,  
que siempre me recuerda  
que cada día nos ofrece una nueva oportunidad  
para volver a intentarlo.*





# Capítulo 1



*Marlborough, Inglaterra, 1816*

**T**endría que haber estado preparada. Al fin y al cabo, había dispuesto de dos meses para imaginar ese momento, para asimilar que alguien nuevo iba a entrar en su vida. En realidad, apenas había hecho otra cosa que elucubrar sobre todos los posibles escenarios, a cada cual peor.

Pero jamás se había imaginado algo como aquello.

Daphne Blakemoor miró fijamente al hombre que tenía enfrente y parpadeó. En varias ocasiones. De forma rápida, lenta, con un párpado, con otro... Era imposible que ese hombre existiera. Al menos, hasta dentro veinte años, más o menos.

El pelo rubio oscuro, la nariz recta, la mandíbula definida y aquellos profundos ojos azules en un rostro prácticamente simétrico le resultaban demasiado familiares. De hecho, llevaba trece años viendo una versión más joven en el rostro de un muchacho que estaba punto de convertirse en un hombre y que en ese momento se encontraba a tres habitaciones de distancia, reemplazando el tramo final de la moldura desgastada y descascarillada del salón.

Con discreción, se pellizcó la pierna a través de la falda e intentó imaginar que justo al lado del recién llegado había un poni, aunque solo fuera para comprobar si el caballero también era producto de su mente.

Pero la escena del porche, delante de la puerta de entrada, seguía siendo la misma. El hombre todavía estaba allí, mirándola con los labios apretados y el ceño fruncido.

Había visto una mirada muy parecida en el rostro de Benedict cuando se sentía confundido. Aunque no era tan directa como la de ese tipo, ni tan desconcertante. Pero ¿quién sabía dentro de veinte años? El muchacho terminaría siendo una copia exacta de aquel hombre. Bueno, sin el costoso traje hecho a medida y seguramente más musculoso. A fin de cuentas, Benedict iba a ser un obrero, no un miembro de la aristocracia. Sin embargo, se parecían lo suficiente como para que cualquiera pensara que era el padre del muchacho.

Por supuesto que no lo era. Daphne lo sabía de buena tinta. Había estado en el momento de su concepción.

Y aunque se le habían olvidado un montón de detalles —ya fuera a propósito o involuntariamente—, el rostro del sujeto que había engendrado a su hijo no era uno de ellos.

De pronto, todos los planes premeditados, todas las charlas de ánimo que se había dado frente al espejo —en silencio, por supuesto, para que su amiga Jess no se burlara de ella—, todos los discursos preparados para ese instante dejaron de tener sentido, porque era incapaz de recordar una sola palabra.

Lo único que de verdad quería hacer era cerrar la puerta en las narices a ese caballero y correr a esconderse en el rincón más tranquilo y oscuro que pudiera encontrar.

Sin embargo, se quedó allí parada. En el umbral. Sin hacer absolutamente nada. Porque si aquel hombre era el nuevo propietario de su casa, Daphne no tenía ni idea de cuál era el proceder adecuado.

El visitante ladeó la cabeza y la arruga en su entrecejo se hizo aún más pronunciada.

Ella tragó saliva. Nadie se topaba con Haven Manor así como así. Esa era la razón por la que se había convertido en el lugar ideal para esconderse los últimos doce años.

Ese hombre tenía indicaciones exactas de cómo llegar allí. Y teniendo en cuenta que solo se las habían dado a una persona, no había lugar a dudas. Estaba claro que era el nuevo propietario y ella le estaba bloqueando la entrada a la casa, mirándolo como una gansa.

Pero ¿qué otra cosa podía hacer? Benedict, la luz de su vida y el muchacho que era una versión más joven del rostro de aquel hombre, estaba



dentro y no podía permitir que se vieran. No hasta que se le ocurriera un plan y un discurso bien ensayado.

Aunque con discurso o sin él, sabía que tenía que reaccionar. Quedarse varios minutos en silencio y con la boca abierta no eran la mejor carta de presentación para una empleada. El hombre estaba a punto de ponerse a hablar y parecía que estaba considerando seriamente dedicar sus primeras palabras a despedirla.



La mujer era una simplona.

Parecía una campesina normal y corriente, con el pelo castaño recogido en un moño suelto, ojos marrones y el toque de color en la piel propio de las personas que vivían en un lugar donde podían sentir el abrazo del sol de vez en cuando.

Sin embargo, todavía no había pronunciado una palabra. Lo único que había hecho era mirarle fijamente y parpadear repetidamente.

¿Quién era? Obviamente debía de formar parte del personal básico que se suponía que llevaba años cuidando de la propiedad. William esperaba que no fuera la cocinera que había solicitado al abogado para preparar su llegada. El protocolo de abrir la puerta normalmente incluía algún tipo de saludo, pero esa mujer estaba tardando tanto en articular palabra que creyó que cualquier plato que intentara cocinar terminaría chamuscado.

¿Una sirvienta tal vez? Iba con un vestido de una calidad superior al que había esperado en una criada, aunque se notaba que lo había usado unos cuantos años. ¿Sería el ama de llaves?

No podía imaginarse a un ama de llaves sin un mínimo de inteligencia, aunque también era cierto que aquella casa estaba en mitad de la nada. Su cochero apenas había logrado dar con el lugar, y eso que tenían instrucciones precisas. Una casa como aquella sería el lugar perfecto para alguien competente pero incapaz de comunicarse.

Sintió cómo la tensión abandonaba su rostro y sus hombros. La mujer tenía que ser muda. Mientras no fuera también sorda podrían arreglárselas, aunque quizá no fuera lo más adecuado que una persona privada de voz se encargara de abrir la puerta.

Respiró hondo y abrió la boca para hablar, pero ella se le adelantó, rompiendo el silencio y echando por tierra todas sus razonadas conjeturas.

—Me temo que ahora mismo no hay nadie en la casa, señor. Tendrá que venir a visitarnos en otro momento.

A William se le olvidó cerrar la boca. Entonces, no era muda. Iba a tener que retomar su anterior idea de que era un poco tonta.

—No estoy aquí de visita —respondió él, despacio y dedicando especial atención a su dicción—. Soy lord Chemsford.

Todavía la resultaba extraño pronunciar aquel título. Tras pasarse treinta y tres años presentándose como lord Kettlewell y a su padre como marqués de Chemsford, ahora él era lord Chemsford y ya no había un vizconde Kettlewell. Motivo suficiente para dejar a un hombre con la sensación de no conocerse a sí mismo.

—Milord... —La mujer hizo una reverencia perfecta, pero no se movió ni un centímetro, ni se presentó.

Ella tenía que saber quién era él, ¿verdad? Sí, las instrucciones que había enviado al abogado habían sido escuetas, pero seguro que esa mujer era consciente de para quién trabajaba, aunque tal vez no supiera qué hacer con esa información, aun teniéndola.

Se aclaró la garganta, decidido a darle otra oportunidad. Tampoco pensaba pasar las noches sentando en la sala de estar conversando con los sirvientes. Si conseguían salir airosos de ese momento, se reservaría su opinión sobre ella hasta comprobar cómo hacía el resto del trabajo.

Fuera cual fuese.

—Soy el propietario de esta finca.

Ella volvió a parpadear, pero continuó sin hacer nada. Ni se echó a un lado ni se presentó, ni siquiera le dio la bienvenida.

Oyó el crujir de las ramas de los árboles que rodeaban la propiedad por el azote del viento, el gorjeo de los pájaros... Aquella finca descuidada resultaba ser un remanso de paz. A su espalda, al pie de las escaleras que conducían al porche, los caballos se movieron, haciendo que el arnés del carruaje chirriara, pero incluso eso no rompió la calma que se respiraba en aquel lugar. Tendría que asegurarse de que aquella tranquilidad permaneciera mientras restauraba la casa y los terrenos adyacentes.

La paz era algo que no había disfrutado en su vida durante mucho tiempo.

Había acertado al seleccionar esta propiedad como su hogar entre las muchas que había heredado de su padre junto con el título, una reputación y un buen número de parientes de diversos grados que querían vivir del marquesado.

Unos parientes a los que nunca se les ocurriría buscarle en medio de las tierras del condado de Wilt, en una propiedad en decadencia que su progenitor había ganado en una partida de cartas.

Era el lugar perfecto para vivir.

Si alguna vez conseguía entrar por la puerta.

—Quizá podríamos... o usted podría... —William vaciló un instante. ¿Cuál era la petición adecuada en un caso como aquel? ¿Hacerse a un lado? ¿Entrar en la casa? Ya se estaba arrepintiendo de su decisión de no ponerla de patitas en la calle.

Despacio, tensó primero los músculos de todo el cuerpo y después los relajó, empezando por los hombros y bajando hasta los dedos de los pies. No era un hombre dado a tomar decisiones precipitadas, y despedir a una empleada sin haber pasado del porche lo era, independientemente de lo extrañas que fueran las circunstancias; pero no tenía la menor idea de qué hacer a continuación. Podía apartarla sin ninguna dificultad, ya que era bastante más pequeña que él. Aunque puede que lo más prudente en ese momento fuera buscar otra puerta de acceso a la vivienda.

Justo en ese instante, el golpe de una de esas puertas lejanas cerrándose rompió la silenciosa quietud que parecía haberse instalado entre ellos. Segundos después, oyó el tintineo de un arnés, seguido del traqueteo de las ruedas de una carreta. Acceder por primera vez a su casa por la entrada de servicio no era la opción ideal, pero quería contemplar su nuevo hogar antes de que se pusiera el sol y, a ser posible, sin tener que obligar a una mujer a hacerse a un lado.

Entonces ella se movió.

Y esbozó una sonrisa enorme que iluminó su rostro ovalado al tiempo que daba un paso atrás y abría la puerta del todo con una floritura.

—Bienvenido a casa, milord.

Vaya.

Eso no se lo había esperado.

O mejor dicho, era lo que esperaba en un primer momento, pero luego ella bloqueó la puerta y... No merecía la pena buscar una explicación. Sería mejor aprovechar la oportunidad antes de que esa mujer cambiara de opinión.

William entró en el vestíbulo de una zancada y miró con ojos entrecerrados a la mujer sonriente. No le cabía la menor duda de que se trataba de

una sonrisa forzada, tensa, nada natural. ¿Ahora tenía el aplomo de guardar las apariencias cuando hacía unos instantes no le había dejado entrar?

—¿Ya me está permitido pasar? —No pudo evitar la ironía.

Ella parpadeó, pero su sonrisa se hizo más amplia.

—Por supuesto, milord. Está en su casa.

—Algo que estaba empezando a dudar —murmuró. Se aclaró la garganta—. ¿Y usted es...?

—El ama de llaves. —Juntó las manos frente a sí y ejecutó una ligera reverencia—. La señora... eh... Brightmoor, a su servicio.

Había hecho la reverencia propia de una dama y se había trabado al pronunciar su apellido como una chiquilla de la calle. ¿Y se suponía que estaba a cargo de su casa? Puede que se las hubiera arreglado sin ningún problema cuando únicamente debía estar pendiente de evitar que el tejado se derrumbara, pero encargarse de todo lo demás era otro cantar.

Sin embargo, allí estaba, así que tendría que apañarse, al menos durante unos días. Mientras no le envenenara el té, era mejor opción que no tener ningún ama de llaves.

William soltó un suspiro.

—¿Tenemos algún lacayo que pueda llevar mi equipaje y enseñar a mi cochero dónde guardar los caballos?

La mujer asomó la cabeza por la puerta y miró hacia el camino de grava donde estaba parado su carruaje. Pasley, el cochero y encargado de establos, estaba de pie, al lado de los dos caballos mientras que Morris, el ayuda de cámara, permanecía junto a la puerta del carruaje. Si alguno de los dos había encontrado extraña, o incluso entretenida, la escena que acababa de suceder en el porche, tuvieron el decoro de no mostrarlo. Como haría todo buen sirviente.

—No —respondió el ama de llaves, arrastrando la palabra un poco más de lo necesario, mientras se metía las manos en el delantal—. Pero tenemos un muchacho que vive... cerca... y que echa una mano con el huerto, las cabras y las gallinas.

Tuvo que sacudirse el repentino estupor que lo invadió mientras intentaba asimilar lo que esa mujer acababa de decirle. ¿Su propiedad abandonada tenía un huerto? ¿Y animales de granja?

—¿Tenemos cabras y gallinas, pero no lacayos?

—No hemos tenido necesidad de contar con un lacayo, pero la comida es algo completamente distinto. —Su tono (considerablemente

más culto de lo esperado para una persona que vivía en medio de la nada) contenía el reproche suficiente como para que se ahorrara la disculpa que hubiera pronunciado por instinto.

Ella tenía razón. Durante el trayecto no había visto muchas granjas, solo frondosas arboledas. Si querían tener comida fresca a diario o productos como huevos o leche, necesitaban un pequeño huerto y un puñado de animales que se los proporcionaran, a ella y a quienes formarían parte de ese «hemos».

—Reuben es bastante capaz con los caballos —añadió la señora Brightmoor, todavía retorciendo las manos en el delantal—. Pero sus maletas son bastante grandes. ¿Podría llevarlas su sirviente? También podría ayudarlo y llevar alguna usted mismo.

No era la primera vez que tenía que cargar con algo. Había transportado sus maletas en un par de ocasiones, incluso también un baúl, pero que ella le sugiriera algo así le sorprendió un poco. Con independencia de que fuera capaz de hacerlo, era partidario de que esas tareas las desempeñaran las personas que contrataba para ello.

Y él era propenso a contratar a mucha gente.

Qué ironía contar con tantos trabajadores cuando lo que de verdad quería era estar solo. Aun así, creía que tener a uno o dos sirvientes extras era dar un mejor uso a su dinero que dos elegantes trajes hechos a medida que no necesitaba.

Sin embargo, ahí estaba, con un personal de, se suponía, tres personas, contando con que la cocinera que había solicitado estuviera en algún sitio. Debería haber preguntado qué entendía el abogado por un personal básico. Estaba claro que tenían conceptos distintos. Y parecía que hasta que coincidieran, él tendría que asumir alguna tarea.

Miró alternativamente al carruaje y al ama de llaves. ¿Le dejaría entrar cuando regresara o volvería a bloquearle el paso?

Como era imposible cruzar un porche de tres metros y bajar una docena de escalones de piedra sin despegarse de la puerta, dejó la casa y regresó al carruaje, de donde sacó la bolsa de viaje de cuero que había llevado con él.

—¡Milord...! —protestó Morris, acercándose al resto de equipaje atado a la parte trasera.

William negó con la cabeza y sujetó mejor la bolsa.

—Ve con Pasley. En cuanto hayáis desenganchado los caballos podéis encargarnos de los baúles.

Morris miró a su alrededor.

—Ir con él... ¿adónde?

William también echó un vistazo alrededor. No vio ni una sola edificación cerca. La casa ubicada en una pequeña colina parecía la única de la zona. Los árboles se extendían hacia ambos lados, como si hubiesen querido ocultarla.

Sin embargo, sí vislumbró un sendero surcado por huellas de ruedas y un par de caminos que conducían a un lado de la casa. Estaba a punto de sugerir a los sirvientes que se encaminaran en esa dirección cuando un muchacho apareció por la esquina. Era todo brazos y piernas. Sus extremidades eran lo suficientemente delgadas como para que la señora Brightmoor asumiera que no iba a servirles de mucha ayuda a la hora de cargar con los baúles; y el cuello, que sobresalía de una camisa que en algún momento debió de ser blanca, no parecía lo bastante fuerte como para sostener su cabeza.

Pudo apreciar algo parecido a unas lentes antes de que el niño agachara la cabeza para clavar la vista en sus pies mientras caminaba, dejando a William contemplando una maraña de rizos castaño-rojizos que requerirían, al menos, media lata de cera para peinarlos adecuadamente.

Los labios apretados de Morris fueron un claro indicio de que al sirviente no le hacía mucha gracia tener que seguir a un crío que se iba mirando los pies, pero no se quejó. Tampoco tenían muchas otras opciones para elegir.

William sacó la maleta más pequeña de la correa que sujetaba el equipaje y se volvió hacia las escaleras antes de que Morris volviera a protestar.

La puerta de entrada seguía abierta, pero ahora sin la enigmática señora Brightmoor a la vista. Accedió al vestíbulo principal, cerró la puerta empujándola con el pie y se quedó contemplando todo lo que tenía alrededor.

Antes había estado demasiado pendiente del ama de llaves como para fijarse en la estancia, y si le hubieran preguntado tampoco habría sido capaz de decir qué se esperaba.

Aunque desde luego no aquello.

La enorme sala, a pesar de no contener apenas muebles, resultaba impresionante, sobre todo cuando uno se paraba a pensar en todo el tiempo que había estado vacía. Alineadas contra las paredes se podían ver varias mesas intrincadas, tan pequeñas que prácticamente no cabía nada en ellas,

y otras tantas sillas igual de delicadas. Las paredes, de un fuerte tono rojo que había visto mejores días, contrastaban con las molduras y los revestimientos blancos.

Pero lo que realmente le dejó sin aliento fueron las obras de arte. Las paredes estaban repletas de pinturas y en cada rincón se erigían estatuas cual centinelas. Un vistazo a las puertas abiertas reveló que la presencia de arte se extendía más allá de aquella estancia.

Y todas y cada una de las piezas y cuadros, incluso viéndolos de cerca, parecían estar limpios y meticulosamente cuidados. Puede que su ama de llaves no fuera capaz de hablar bien, pero sabía —o al menos alguien que viviera en aquella casa— cómo usar un trapo.

Como si la hubiera invocado con el pensamiento, la mujer apareció en el gran arco abierto frente a la puerta principal. De nuevo la veía sonreír, aunque esta vez de forma más natural. Una sonrisa que transformó su cara dorada por el sol en una adorable combinación de valles y colinas. Parecía demasiado joven para ser ama de llaves. Tal vez se habría sentido un poco intimidada por su presencia. Sí, era una hipótesis razonable. Puede que hasta fuera el primer aristócrata con el que había hablado en su vida.

—Aquí está —dijo ella con aquel tono tranquilo, culto y en absoluto servil.

De modo que se había vuelto más bonita mientras iba a por sus maletas, pero no había cambiado en lo demás. William soltó un suspiro.

—Sí, aquí estoy. ¿Sería tan amable, quizá, de llevarme hasta mis aposentos?

Ella parpadeó.

—Por supuesto. Las escaleras están por aquí.

«Por supuesto». Como si todo lo demás en ese encuentro hubiera salido como esperaba.

La siguió y entró en una estancia igual de grande que el vestíbulo que acababan de dejar, pero con dos escaleras de considerable tamaño adosadas a las paredes laterales, que estaban enmarcadas por obras de arte.

Antes de que se diera cuenta, el ama de llaves ya había ascendido la mitad del tramo de una de ellas; a pesar de que era más baja que él, su ritmo lo dejó impresionado. Le supuso todo un placer caminar con alguien sin tener que alterar su paso normalmente rápido. Aunque tampoco estaba acostumbrado a pasear con sirvientes, excepto en alguna ocasión que otra con Morris.

La alcanzó cuando llegaron al rellano de la primera planta, mientras ella se acercaba a una puerta y la abría con un gesto de la mano que le desconcertó por lo diferente que era a la discreta forma con la que solían hacerlo los sirvientes.

Puede que mereciera la pena mantener a la señora Brightmoor, aunque solo fuera por la sucesión de sorpresas que suponía.





## Capítulo 2



— **S**us aposentos, milord. —Daphne no solía sentir mucha confianza en sí misma fuera de su cómoda rutina, en la que sin duda no encajaba el imponente lord Chemsford, pero sabía que había hecho un buen trabajo a la hora de preparar las habitaciones. Bueno, tan buen trabajo como le fue posible.

Era imposible no pasar por alto los doce años de rudo y constante uso que habían dado a aquellas dependencias. No al mobiliario, por supuesto. Daphne y su amiga Kit se habían asegurado de almacenar todos los muebles decorativos y aquellos de mayor valor antes de transformar la habitación en el dormitorio de todos los niños que tenían a su cuidado.

Niños que ya no vivían allí. Solo quedaba Reuben. Benedict se había mudado a la casa del señor Leighton, el maestro carpintero del que estaba aprendiendo, y el resto se había ido a vivir con familias que los habían acogido como propios, lo que no solo les proporcionaba un hogar, sino un futuro mucho más seguro. La mayoría de las niñas a las que Daphne había criado como una madre también estaban ahora con una familia, pero habían dormido en la habitación que había al otro lado del rellano.

El cuarto reservado para lord Chemsford, sin embargo, había pertenecido a los chicos, y se notaba en las paredes y en el suelo. Aunque no podía culparles por las marcas de humedad del techo. Eso solo podía achacarse a un tejado que había pedido a gritos una reparación.

Accedió al interior de la habitación para asegurarse de que el propietario pudiera entrar sin dificultad y dejara sus maletas en el suelo.

El equipaje que le había sugerido que llevara él mismo.

Sería un milagro si llegaba a la cena sin que la despidiera. Tantos años viviendo lejos de la alta sociedad habían hecho que se olvidara de lo que se consideraba aceptable.

Se aclaró la garganta.

—Me he encargado de airear el cuarto con frecuencia y de cambiar la ropa de cama cada pocos días para que estuviera listo cuando llegara.

El aristócrata dejó sus cosas en el suelo y se paseó por la amplia habitación.

En el centro de una de las paredes había una cama enorme con ornamentados postes que llegaban prácticamente hasta el techo. Se trataba de una cama muy pesada, casi habían tenido que quitar la barandilla de la escalera para volver a instalarla en la casa. Esperaba que ese mueble y la alfombra turca frente a la chimenea fueran lo suficientemente llamativos para que lord Chemsford no se fijara en las marcas visibles en la pared: las huellas que habían dejado los cabeceros de hierro de los niños durante años.

Pero no tuvo tanta suerte.

Se acercó y frotó una de las líneas grises antes de mirar hacia arriba y contemplar las distintas humedades del techo.

—Son antiguas —señaló ella, ya que no podía fingir que no existían—. Si esta noche llueve no le caerá ninguna gota. —Salvo que hubiera otra grieta en el tejado de la que no tuviera conocimiento, lo que era perfectamente posible. El tejado llevaba tiempo acusando del paso de los años y habían colocado estratégicamente más de un cubo en las habitaciones del ático. Sin embargo, la parte que cubría aquel dormitorio había sido completamente reparado.

—No pasa nada. Está todo bien —comentó él.

Daphne había estado conteniendo el aliento hasta que él pronunció aquellas palabras. Se había criado en Londres, cerca de la alta sociedad. Y durante su breve y primera temporada en la capital se había apoyado en suficientes paredes de salones como para conocer a más de un aristócrata al que le habría indignado que le ofrecieran un dormitorio con un aspecto tan gastado, aun sabiendo que la casa había estado prácticamente vacía durante décadas.

Y sin embargo, allí estaba un hombre con título dispuesto a cargar con sus propias maletas y que no se quejaba del razonable deterioro de la habitación.

Qué diferente habría sido su vida si la noche en la que intentó ser alguien más que ella misma hubiera conocido a ese hombre. ¿Qué habría pasado si su única aventura devastadora hubiera sido con una persona que no pretendiera únicamente arruinar la reputación de una joven? ¿Y si hubiera conocido a un caballero que hubiera acudido a su rescate?

El que tenía frente a sí se parecía demasiado al que la había arruinado y puesto su mundo patas arriba. No le resultó difícil imaginarlo como una versión mejor y mucho más honorable del otro.

Pero no lo era. A pesar de su aspecto o de lo sensato que pareciera, ella no era quién para imaginárselo como su salvador. El marqués no estaba allí para enamorarse de ella pasando por alto su pasado y querer a su hijo como si fuera propio, sobre todo porque el propio Benedict tampoco sabía que ella era su madre y se había criado creyendo que era otro más de los niños de los que se habían hecho cargo... y, sinceramente, su vida era mucho más complicada de lo que parecía cuando se paraba a pensar sobre ello.

Ningún hombre en sus cabales, y mucho menos un noble, querría tener nada que ver con ella.

Sacudió la cabeza y volvió a concentrarse en el marqués, que la estaba mirando expectante.

Por Dios, ¿qué fallo habría cometido ahora?



Seguro que ella iba a ofrecerle traer agua caliente, ¿verdad? Puede que hasta té y algún refrigerio. La casa no contaba con lacayos, pero tenía que haber alguna sirvienta. Alguien más. Era imposible que la señora Brightmoor se encargara sola de todo aquello.

Pero la mujer simplemente se quedó allí, mirándolo fijamente y parpadeando de vez en cuando.

Quizá fuera la primera vez que tenía que preocuparse por un invitado. No aparentaba tener mucho más de veinticinco años, aunque el abogado le había indicado que la actual ama de llaves llevaba trabajando bastantes años en la casa. Esa mujer debía de haber pasado sola casi toda su vida de adulta. Aunque resultara un inconveniente, era comprensible que sus habilidades en las relaciones personales fueran más bien escasas.

Con suerte, no le importaría mucho que él contratara a un ama de llaves competente y la relegara al puesto de sirvienta que, por lo limpias que había encontrado las partes de la casa que había visto, era algo mucho más acorde a sus capacidades.

—Pida que traigan agua caliente —dijo él con un suspiro—. Y quizá...  
—¿Té?

William interrumpió su frase cuando vio entrar a otra mujer en la habitación. Si había tenido sus dudas sobre si el ama de llaves era más baja que la media, con la nueva incorporación lo tuvo meridianamente claro. ¿Acaso el agua del condado de Wilt tenía algo que impedía crecer a las mujeres de la zona? El pelo de la recién llegada era rubio y lo llevaba peinado en un moño tirante, en un claro contraste con el halo castaño que rodeaba la cara del ama de llaves por el recogido suelto que llevaba.

La rubia traía consigo una bandeja en las manos. El vapor salía de la tetera situada entre una taza, un plato pequeño y un surtido variado de emparedados y galletitas.

—Eh... sí. —William se aclaró la garganta—. Té.

La rubia hizo un gesto de inclinación de cabeza hacia el ama de llaves.

—He traído el refrigerio que pidió. Y el agua ya está calentándose, tal y como ordenó. Reuben la traerá cuando termine con los caballos.

William dejó de prestar atención a la bandeja que había pedido su, por lo visto, no tan incompetente ama de llaves. ¿Iban a llevarle el agua las larguiruchas extremidades del muchacho que había visto antes? Tendría suerte si empezaba a bañarse por la mañana.

—Sí —respondió la señora Brightmoor. Empleó el mismo tono lento y forzado que cuando le había sugerido llevar su propio equipaje—. Gracias. Bien. —Asintió y parpadeó un poco más mientras observaba cómo la rubia bajita depositaba la bandeja sobre el pequeño escritorio que había en un rincón.

En cuanto todo estuvo dispuesto, la mujer hizo una pequeña reverencia y se dirigió hacia la puerta.

Pero mientras pasaba por delante del ama de llaves vio como le tiraba de una manga. Fue un gesto tan rápido que William se lo podría haber perdido si hubiera pestañeado. Incluso ahora se preguntaba si había sucedido realmente, pero el extraño saltito que dio la señora Brightmoor fue la prueba que necesitaba para confirmarlo.

El ama de llaves hizo su propia y elegante reverencia.

—Le dejamos para... eso.

Después volvió a sonreír y siguió a la otra mujer hasta la puerta, cerrándola en cuanto salió.

Había algo allí que no le encajaba, pero no tenía claro si era por la lejanía de la casa o por algún indicio de un problema mayor. El rugido que emitió su estómago le recordó que, si bien no podía responder a esa pregunta en ese instante, sí podía resolver el problema del hambre que le carcomía por dentro y la garganta reseca que traía por el polvo del viaje.

Cuando mordió una galleta, se sintió invadido por una explosión de sabores que no pudo identificar, pero sin los que no quería vivir el resto de su vida. En la tranquila soledad de su habitación, se permitió gemir de placer y se dejó caer sobre una gran silla tapizada. En el aire no flotaba ni una sola mota de polvo. Dio otro bocado, saboreando aquella delicia mientras masticaba. Por una comida como aquella y las estancias tan limpias estaría dispuesto a soportar las considerables rarezas de sus sirvientes. Además, el hecho de que aquello le diera una excusa más para no tener invitados en su propiedad suponía un beneficio adicional.



Daphne logró bajar las escaleras hasta la planta principal con temor a no poder dar otro paso y tener que apoyarse contra la pared para no derrumbarse.

La habitación de la planta de arriba estaba ocupada por un extraño, y no por los niños a los que había adorado y criado desde pequeños. Casi nunca se le había dado bien tratar con extraños, y el marqués no había sido una excepción. Aquel hombre podía aplastarla con una sola palabra y tenía que estar relacionado de algún modo con el error de juicio más grave que había cometido en su vida.

¿Qué iba a hacer?

Una mano pequeña la agarró firmemente del codo y la llevó por las escaleras que conducían a los dominios de los sirvientes. Teniendo en cuenta la fuerza que Jess había adquirido durante los años que pasó ejerciendo de espía para Inglaterra, cuando te sujetaba de ese modo no era fácil zafarse de ella. Había llegado a la casa hacía tres años y, al principio, también había sido una extraña, pero una extraña que necesitaba que la cuidaran, y nada como eso lograba derribar tan rápido las defensas de Daphne. Con el paso del tiempo, habían terminado siendo amigas.

Aunque en ese momento, empujándola por las escaleras de piedra, Jess no parecía precisamente amigable.

A diferencia de los escalones que había bajado instantes antes, estos estaban desgastados y carecían del esplendor que reflejaba el resto de la casa. En los últimos doce años había descendido por aquellas escaleras un sinnúmero de veces, y jamás le había importado esa diferencia.

Hoy, sin embargo, sí. Hasta hacía quince minutos, ninguno de los que vivían allí había estado a las órdenes de nadie. Habían formado una familia, trabajando unidos para mantener la propiedad, obteniendo la comida necesaria y ganando el dinero suficiente para sobrevivir.

Durante los doce últimos años, la sencilla escalera de piedra solo había sido una forma de llegar a la cocina. Ahora era un umbral, la gente que lo pasaba era de una clase más baja.

Daphne se había criado encima de esas escaleras. Bueno, no de esas en particular, pero sí de unas muy similares. Pero cuando se mudó allí no habían hecho distinción alguna. Todos los que vivían bajo ese techo pertenecían a la casa y eran iguales.

Ahora ya no.

Ahora su posición había cambiado y su comodidad y seguridad dependían de servir al hombre que había arriba. Aunque mantener su posición ya no era la mayor de sus preocupaciones.

Jess no dejó de agarrarla del codo hasta que estuvieron dentro de la cocina. Después la soltó con un pequeño empujón.

Daphne fue tambaleándose hacia la mesa de trabajo y se sentó a tuestas en uno de los taburetes que tenía al lado. Luego respiró hondo y fijó la mirada en un profundo boquete de la superficie del tablero. No había forma de saber qué había producido aquella hendidura, pero de alguna forma le reconfortaba su existencia.

A diferencia de casi todos los muebles de las estancias de arriba, esa mesa llevaba años allí. La calmaba. Mirándola podía fingir que nada había cambiado.

Pero todo había cambiado.

Ahora él estaba ahí y era un problema.

Jess se paseó por la cocina, enfrascada en sus quehaceres. Esa mujer no parecía inmutarse nunca, ¿de verdad no le preocupaba, aunque fuera un poco, su situación actual?

—¿Lo has visto? —preguntó Daphne en un ronco susurro.

Jess se detuvo y la miró arqueando una delicada y pálida ceja.

—Por supuesto. ¿Crees que entraría en una habitación sin mirar todo a mi alrededor?

—Sí, sí. —Apoyó la parte superior del torso sobre la mesa—. Pero ¿lo has visto de verdad?

Jess dejó la cebolla que había sacado de una caja y cruzó la cocina para proteger con las manos los dedos helados de Daphne.

—Sé lo que estás pensando.

Lo dudaba. Hacía tres años, cuando Kit había traído a Jess a Haven Manor, ella ya había aprendido, o al menos en parte, a cortar por lo sano con la inclinación que había tenido desde joven a fantasear. Siendo responsable de criar a doce menores, perder de vista la realidad durante el día era algo muy peligroso, así que esperaba hasta que se quedaba sola, fregando los platos, o cuando se iba a la cama o acunaba a uno de los más pequeños, para dejarse llevar por esos pensamientos.

Ahora, con solo tres de los niños mayores a su cargo, de vez en cuando volvía a caer en sus viejas costumbres. Como en ese momento. Pero no había forma de que Jess supiera que una parte de su mente estaba muy ocupada elucubrando con todo tipo de posibilidades, incluida la pregunta de si no era descabellado que el hombre que había intentado olvidar con todas sus fuerzas durante los últimos catorce años se hubiera convertido en el aristócrata que ahora ocupaba el dormitorio principal.

Daba igual que el padre de Benedict tuviera los ojos marrones y ese hombre azules, aunque jamás había oído que los ojos de alguien pudieran cambiar de color.

—Estás pensando que nuestro nuevo patrón guarda un notable parecido con Benedict —continuó Jess, pese a que Daphne no parecía prestarle mucha atención.

El silencio cayó como una pesada losa mientras ambas se miraban. Si bien no era eso exactamente lo que había pensado, se acercaba bastante, aunque en el fondo había esperado que el parecido hubiera estado solo en su cabeza.

Cuando Jess le apretó los dedos, sintió una energía renovada. Si alguien podía tener la solución a su problema esa era Jess. Puede que la misteriosa mujer hubiera llegado a su casa como si fuera un cachorrito perdido al que hubieran relegado a un rincón, pero era una superviviente.

Su amiga hizo un breve y seco gesto de asentimiento y prosiguió:

—Y piensas bien. Son idénticos. —Soltó la mano a Daphne y se volvió hacia la cebolla antes de sacar un cuchillo del bloque de madera que había en la mesa cerca de la pared—. Aunque, como no te has desmayado en medio de la puerta principal, supongo que no es el padre. ¿Qué relación guardan?

Daphne apoyó los codos sobre la mesa de trabajo y hundió la cabeza entre las manos con un gemido. No quería pensar en Maxwell Oswald, no quería recordar los detalles de esa noche, pero estaban grabados a fuego en su memoria. Y traer de vuelta esos recuerdos le ocasionaba una miríada de emociones enfrentadas: por supuesto culpa y vergüenza, pero también la alegría por haber tenido a Benedict y un nuevo propósito en la vida. No se podía imaginar su existencia sin ambos. Prefería pensar en todo lo bueno que conllevó tomar una mala decisión que en la decisión en sí misma.

Se había dejado llevar por el momento, fingiendo ser su amiga Kit, que era una joven vivaz y popular a la que no le aterraba separarse más de un metro de la pared de una estancia llena de gente. Había estado más absor-ta en la idea de lo que podía ser que en el hombre en sí mismo. Jamás se había sentido atraída por Maxwell; solo lo conocía de vista y, excepto por su reputación, apenas sabía nada de él.

Sin embargo, le había cautivado la idea de sentirse querida. Por una vez había sido el centro de atención. No había sentido la urgente necesidad de salir de allí porque no fuera ella misma. Había ido cubierta de la cabeza a los pies, con un disfraz para un baile que incluía peluca y máscara.

Pero eso no era lo que necesitaba recordar ahora. Ni tampoco que no solo se comprometió a sí misma, sino que también traicionó a su mejor y más cercana amiga. No se trataba de recordarla a ella. Sino de recordarlo a él.

Y cuando se dio cuenta de lo poco que sabía de Maxwell Oswald el rubor tiñó sus mejillas.

—Tal vez sean... ¿primos? —Se esforzó en recordar todas las veces que Kit le había hablado de lo buen partido que era Maxwell Oswald—. Su padre fue el segundo hijo de un marqués, pero no estoy segura de cuál. —Tragó saliva—. Aunque ahora mismo me apostaría una buena suma de dinero a que se trataba del marqués de Chemsford.